

COMPRE USTED MAÑANA
el núm. 8 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
**LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía del célebre
artista

MILTON SILLS

Numerosos datos y fotografías
Regalo de una estupenda postal
Precio popular: 35 cts.

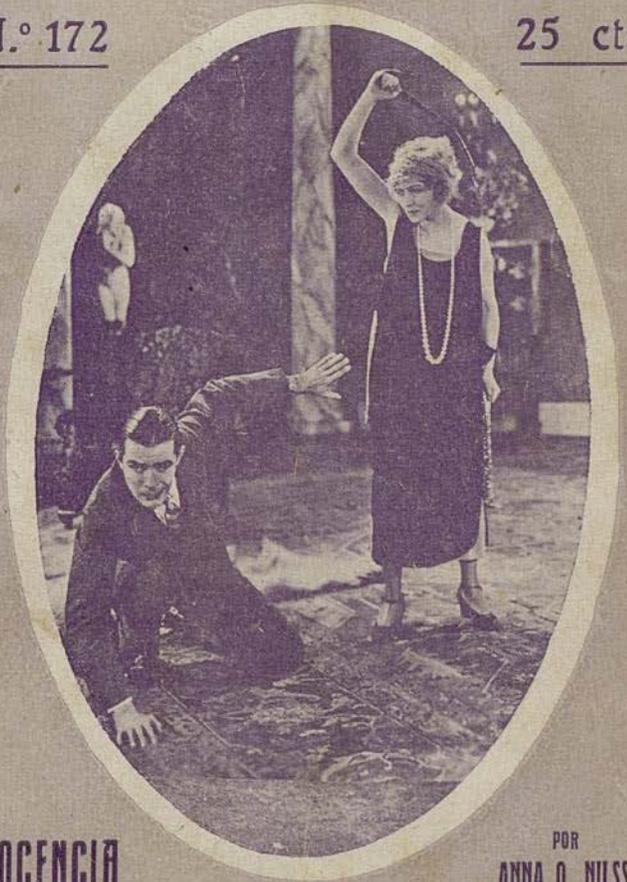
La exclusiva de venta de nuestras publicacio-
nes la tenemos cedida a la **Sociedad
General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicacio-
nes, S. A.** — Barará, 16, BARCELONA.
Ferraz, 21, MADRID, y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MORA. — TOPETE, 16. — TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 172

25 cts.



INOCENCIA

POR
ANNA Q. NILSSON
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 172

INOCENCIA

Interesante producción cinematográfica,
interpretada por la bella artista
ANNA Q. NILSSON

EXCLUSIVA DE
L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 66

— BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RENÉ NAVARRE

INOCENCIA

Argumento de la película de dicho título

Loreto Collyn, una muchacha muy simpática, se sentía la mujer más dichosa del mundo en su papel de "chica del coro" del "Follies" neoyorquino, luciendo sus hermosas piernas en las que convergían muchas miradas maliciosas.

La chica había soñado con ser una gran artista de *varietés*, y de momento se resignaba a empezar por ayudar a las "estrellas" a triunfar en medio de una nube de gentiles coreográficas.

La vida de escena para adentro entusiasmaba a Loreto, pero gracias a la constante vigilancia de su madre, todos los peligros habían ido siendo sorteados a medida que se presentaron.

Jaime Walsh, periodista, charlatán, embustero y buena persona en el fondo, era uno de los impenitentes adoradores de todas las artistas, sin prestar atención a la categoría de cada una de ellas, sino en sus prendas personales, que las había que quitaban el hipo.

Dado su carácter afable, Jaime gozaba de gran popularidad entre bastidores, porque era pródigo en los elogios y parco en las censuras.

Una de las favoritas de Jaime era Loreto, a la que, cierta noche, cerrándole el paso hacia el ca-

marín destinado a algunas comparsas, le preguntó cariñosamente:

—¿Cómo se ha portado el bebé de la función de esta noche?

A lo que la chica, enojada, replicó:

—¡Yo no soy el bebé de la función, señor Walsh! ¡Ya estoy cansada de que todo el mundo me tome por una chiquilla!

—¡Cuántas compañeras tuyas quisieran serlo! Pero, dispense usted, señorita Matusalem... ¿Me permite que, en desagravio, la acompañe esta noche al baile de los Artistas?

—¿Usted me llevaría?

—Si la invito, es porque tendría mucho gusto en que fuera usted mi pareja esta noche.

—Acepto... muy agradecida.

—El agradecido soy yo, Loreto.

Después de quedar convenido entre Jaime y la muchacha, que irían juntos a la fiesta, el periodista vió cerca de sí a Clara Leslie, la primera figura del "Follies" y el principal atractivo de la revista de la temporada. Bailaba bien, vestía mejor, flirteaba con elegancia, pero ni el más puntilloso en cuestiones de honor se atrevería a señalarla con el dedo.

Acostumbrado a bromear por los codos con todas, Jaime no dejó escapar a Clara sin que le oyese cuatro palabras de buen humor.

—¿Está usted enfadada conmigo, Clara? ¿Le debo algo? ¿Ha perdido usted a su Lulú? ¿Qué le pasa, mujer? ¡Pues no la veo a usted poco seria! ¿Va usted a representar un drama esta noche, o se trata simplemente de una fuga con escala en casa del Reverendo?

—¡Déjese de tonterías, Jaime! Esta noche voy al baile de los Artistas... pero esto sólo puede interesarnos a mí y a Enrique Hampton, que será mi acompañante.

—Lo celebro, Clara..., y la felicito. Ese Enrique es un excelente muchacho.

—¿Le conoce usted bien?

—No... pero lo parece.

—¡Qué tonto es usted, Jaime!

—Muchas gracias por el elogio... pero ¿a que no es usted capaz de negarme que a simple vista Enrique es muy agradable?

—No lo puedo negar... porque es innegable.

—Pues eso he querido decirle yo, y usted podía haberme entendido perfectamente, sin necesidad de dedicarme un piropo.

—Usted no puede enfadarse conmigo, Jaime, porque ya sabe cuánto le aprecio.

—Naturalmente, Clara, y a mí me complace mucho la simpatía que usted me ha demostrado siempre. Esta noche nos veremos en la fiesta... pues yo voy a ir también... muy bien acompañado, por cierto...

—¿La conozco yo?

—Es Loreto Collyn.

—¡Cómo se ve que es usted un hombre de buen gusto! Hasta luego, pues.

—Hasta entonces, Clara.

Se equivocó Clara al decirle a Jaime que sólo a Enrique y a ella misma interesaba el que fueran al baile aquella noche, pues en aquellos momentos, la debilidad de aquél por una artista era el tema de discusión que su familia había escogido.

La señora Hampton, madre de Enrique, estaba a punto de enloquecer al pensar que el Destino podía darle una bailarina por nuera.

Se encargaban de consolar a la prejuiciosa señora: el abogado Juan Gray, moralista intransigente, que no era sólo yerno suyo, sino también consejero de la familia; y su esposa, Catalina, una mujer insignificante en toda la acepción de la palabra.

Citado con Clara, Enrique preparóse para marcharse sin sospechar lo que iban a pensar sus familiares, y al punto de partir, su madre le detuvo y le dijo:

—¿Pero a esta hora vas a salir, Enrique?

—Sí, mamá. Voy a ir al baile del Sindicato de Artistas.

Y Enrique dió un beso a su madre en la frente, y desapareció, sin haber mentido, pues no tenía por qué faltar a la verdad ya que su espíritu estaba de acuerdo con su corazón.

Tan pronto como le vió borrarse de su vista, la señora Hampton, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Va a buscarla! ¿Y no hay modo de impedir esto?

—No temas, mamá—díjole Catalina—; Juan procurará disuadir a Enrique de su loca pretensión.

—Sí. Déjenme ustedes a mí, que yo procuraré que esas relaciones queden terminadas esta misma noche.

—Gracias, Juan. Si logra usted lo que se propone, le deberemos un favor impagable.

Más tarde, en un acreditado salón, se celebraba el baile del Sindicato de Artistas; un lindo pretexto para que el jocundo Momo saliese de sus casillas.

La inauguración de la fiesta fué sumamente original. Un grupo de enanos a cual más estrafalario hizo las delicias de la concurrencia con sus chistes y gestos asesinables, y uno de ellos se subió a una silla y anunció que iba a empezar la guerra contra la preocupación, la tristeza y otras cosas antipáticas de la vida real.

—¡Preparaos, hermanos de la Cofradía de la Farándula! ¡Ha sonado la hora de hacer locuras!

Y no fué necesario repetir el aviso, porque no parecía sino que una corriente eléctrica agitaba a todos los concurrentes, mezclándose bajos y altos, guapos y feos, buenos o malos, para rendir tributo al dios imaginario de la alegría.

Jaime y Loreto estaban presentes a la fiesta, conforme lo prometieran, y Clara y Enrique ya habían llegado también.

Enrique bailó una vez con Loreto, y entretanto Clara se complacía en ver disfrutar a los

demás, divirtiéndose con las gracias que hacía Jaime a algunas máscaras.

En otro velador, Pablo Atkins, que en otro tiempo fué compañero de baile de Clara, y lo hubiera sido en todos los órdenes de la vida a no haberse ella negado a ello insistentemente, asistía al goce de los demás, buscando sacudir el sopor que se había apoderado de todo su cuerpo.

De pronto, Atkins se fijó en Clara, y no pudo menos de acudir a su lado, y saludóla efusivamente, satisfaciéndole a ella el encuentro.

—¿Qué milagro verte por aquí, Clara?

—Vine a lo que tú has venido: a distraerme.

—No podías hacer nada mejor, para que yo pudiera verte. Y ¡qué hermosa estás! Si antes ya eras bella, hoy lo eres más. ¡Palabra!

—Tú no cambias nunca. Siempre con una frase galante para las mujeres.

—Para todas, no. Ya sabes que no me gusta perder el tiempo detrás de lo que no vale la pena. Además, ahora soy un hombre serio.

—¿Ya no bailas?

—Eso no añade nada a mi modo de ser... porque ya nací bailando. Soy serio hasta moviendo los pies.

—Mucho has ganado, pues, desde que no nos vemos.

—Mucho, sí... tanto que no tendría inconveniente en casarme.

—¿Casarte tú? ¿Es una broma, Pablo?

—Quizá te parezca raro, pero es la realidad. Muchas veces he pensado en ti, y ardía en deseos de poder decirte... que te sigo amando igual que antes y que si tú quisieras...

—No sigas, Pablo. Ya hablamos de ello una vez...

—Pero ¿es que vas a desdefiarme toda la vida?

—No puedo esperar que cambies de opinión y un día te decidas a ser mi esposa?

—Te aprecio como amigo, Pablo... y nada más. No insistas, te lo ruego. Mira, ahí viene mi acompañante.

—¿Ese es Enrique Hampton, verdad?... No sé qué of de que erais prometidos. Sin duda rumores sin fundamento, ¿no es eso?

—La verdad, Pablo, por ahora no pienso casarme.

Enrique saludó a Pablo, y éste creyó oportuno dejar a solas a aquél y Clara, sintiendo la oposición de ésta al matrimonio, al que él iría, de su brazo, de muy buena gana.

A la puerta del salón donde se celebraba la fies-



—Te aprecio como amigo, Pablo..., y nada más.

ta de los Artistas llegaba en aquel momento el puritano señor Gray, y al entrar en el baile pensaba que el ser consejero de una familia tiene penosos deberes.

Los humoristas conserjes le salieron al paso, diciéndole que estaba prohibida la entrada sin disfraz, y proporcionándole al instante uno cualquiera, recayendo la elección a ojos cerrados en una

cabeza de burro, dentro de la que encerraron la verdadera cabeza del abogado, que tenía cierto parecido con la máscara, sin el melódico son de los rezunos.

El señor Gray se despojó tan pronto pudo del grotesco disfraz, y buscó en el salón a su cuñado, reuniéndose con él y Clara, sin dar la menor importancia a ésta.

Jaime y Loreto descubrieron públicamente la presencia de Clara y al propio tiempo de Pablo Atkins, y los organizadores de la fiesta suplicaron a los bailarines que les hicieran el honor de bailar para amenizar la fiesta.

—Amigos: la casualidad ha juntado aquí a la pareja de baile Atkins-Leslie, y justo será pedirle que nos alegre un poco la existencia.

Pablo aceptó en el acto, complacido de tener ocasión de estrechar de nuevo entre sus brazos a la hermosa Clara, y ésta tampoco se negó a corresponder al deseo de los Artistas organizadores del festejo.

De modo que Clara y Pablo reverdecieron sus laureles haciendo primores al compás de airosa música.

Durante el baile, Enrique no perdía de vista el menor movimiento de Clara, y el abogado Gray tampoco, pero así como el primero unía a sus miradas el más acentuado cariño, el segundo ponía en las suyas la peor intención, es decir, buscaba lo que no existía, afanoso de descubrirlo por un indicio u otro.

Pablo, que no se resignaba a recibir desdén sobre desdén de Clara, la miró largo rato en los ojos mientras danzaban, y en un arranque sentimental la estrechó el talle, susurrándole vehementemente:

—¡Clara... te amo!

Clara se hizo atrás con la mayor prudencia, a la par que le respondió a Pablo, con reproche:

—¡Cuidado, por Dios!... ¡Nos miran!

Gray no dejó de advertir aquella escena, y apre-

suróse a decirle a Enrique, en perjuicio de Clara:

—¿No has visto?... ¡La verdad que ese cambio de miradas y hasta de palabras no me parece de lo más edificante!

Enrique mostróse indiferente a las palabras de su cuñado, obligando su serenidad a proseguir éste así:

—¿Pero es posible que puedas tomar en serio a una mujer que no sabe más que pintarse y lucir las piernas?

—Exageras, cuñado. Esa muchacha tiene otras cosas más dignas de atención que sus piernas, las cuales, por cierto, son preciosas, tanto, que las deseo para mi "uso" exclusivo.

—No se trata de ponerse guasón, Enrique. No creo que te guíe a esa mujer otra intención que un puro pasatiempo.

—Te engañas, Juan. Me interesa tanto Clara, que es posible que esta misma noche le pregunte si quiere casarse conmigo. Un día u otro se lo tenía que decir, y estoy animado para hablarle francamente hoy mismo. No soy amigo de las medias tintas.

—Adivino su contestación: "Sí, sí y sí"... ¡Conozco el percal!

—Tú tienes tus ideas y yo las mías, cuñado. Si has venido aquí para velar por mí, te aseguro que has perdido el tiempo. Ahora que si deseas divertirme, lo lograrás con exceso. Escoge la mujer que te guste más, y cuidadito con que la cana que echas al aire no se te indigeste.

—¡Estás loco, Enrique!

—Yo creo que no, Juan. No es loco el hombre que consigue que una mujer como Clara se enamore de él.

—Pero ¿es que tú crees que esa piernas-largas te quiere sinceramente?

—Estoy convencido de ello.

—¡Vamos, hombre! A tu edad, y vivir en la luna...

El baile cesó. Pablo conducía a Clara al velador

donde la esperaba Enrique, y la fortuna, que protegía a los enamorados, se presentó en forma de bulliciosos artistas que la tomaron con el señor Gray, cual si hubiesen comprendido que allí estaba de más.

Uno de esos artistas, que oficiaba de conserje, volvió a calar hasta el cuello del abogado la cabeza de burro, explicando su gesto sin derecho a reclamación, así:

—¡Habías perdido la cabeza, amigo! ¿Qué va a hacer un burro sin cabeza?

El señor Gray se levantó de su asiento, quitóse la susodicha cabeza, arrojóla al suelo con gran enojo, y dijo a Enrique:

—¡Esto está plagado de borrachos! Nos veremos luego en el *club*.

Y se marchó.

Y pareció como si en el salón donde se bailaba un aire nuevo se llevase las impurezas del aire que le precedió.

Entonces, Enrique habló quedamente a Clara de su amor.

—Clara, tú sabes que te quiero con toda mi alma, que me sería imposible vivir sin ti... y considero llegado el momento de que yo te haga una pregunta y de que tú me contestes... ¿Quieres ser mi esposa?

—Mejor es que no me lo preguntes, Enrique... Podría decirte que sí y quizá un día nos arrepentiríamos los dos.

—¡Yo no podré arrepentirme nunca, mientras tú me ames!

—Tengo mis razones para tener mis dudas sobre mi felicidad contigo... Mira... Esto es mi vida, Enrique: la frivolidad, la locura, la alegría forzada de *cabaret*... Tú perteneces a otro mundo. Créeme, lo mejor es no hablar de casamiento y seguir siendo tan buenos amigos como hasta ahora.

—Pero, Clara, ¿nuestra amistad no te dice que hemos de ser el uno del otro?

—Reflexiona, Enrique, sobre mis palabras... Yo

sé que no puedo considerarme la mujer que te corresponde por tu condición. No desconozco que el mundo me mira con ciertos recelos, por el mero hecho de pisar las tablas para recrear con mi arte—no con lujuria, como la mayoría supone—a la gente.

—Yo sólo veo en ti, Clara, a la mujer que es mi vida.

—No hablemos más, por hoy, de esto, Enrique. ¿Quieres hacer el favor de acompañarme a casa?

—¿Te encuentras mal a mi lado? ¿Te disgustaste conmigo?

—No vayas contra la lógica, Enrique... Necesito estar sola. Vamos, ¿quieres?

—Vamos, Clara.

Loreto, que estaba con Jaime en la mesa de Atkins, hablaba con éstos acerca de Clara y Enrique, opinando que saltaba a la vista que se adoraban mutuamente y que era indiscutible que acabarían casándose.

Atkins guardóse de revelar su estado de ánimo, pero el desprecio recibido definitivamente por su ex pareja de baile, unido al irresistible deseo de posesión que siempre había sentido, le amargaba el alma.

Loreto, hablando, hablando, se refirió al señor Gray, y dijo:

—Imagínense ustedes que ese viejo imbécil decía que Clara es poca cosa para Enrique Hampton.

Y Atkins tuvo una idea, que pondría en práctica en beneficio de sí mismo.

*
**

Enrique acompañó a Clara a su casa, sin que durante el camino se hubiese atrevido a insistir en su declaración amorosa, conviniendo consigo

mismo en volver a tratar del asunto al día siguiente o a la primera ocasión propicia que se presentare.

Después de dejarla a la puerta de su retiro, Enrique, llevándose a Clara en el pensamiento, se dirigió al *club*, donde su cuñado le estaba aguardando, y le preguntó a éste lo que tenía que decirle.

—¿Cómo ha ido la declaración... y la respuesta?

—Cometiste error en tus manifestaciones, querido cuñado. Clara no quiere aceptarme por marido.

—¿Que no te ha aceptado, dices?

—Que me ha dado calabazas, eso es.

—No está mal...

—Ya te dije que no es ella lo que tú supones... y mira cómo la realidad ha venido a darme la razón.

—Ya... ya... ¿Y tú crees que su contestación es... definitiva?

—Por ahora sí.

—Enrique, no me haces cambiar de opinión. Solamente digo que esa señorita es más prudente de lo que yo creía.

—Si se resiste para probar la fuerza de mi amor, te aseguro que no podré vencer la tentación de demostrársela, cien veces, mil veces, tantas veces como sea preciso... porque la quiero como jamás podría querer a una mujer.

—Estás condenado, Enrique... y no debes dejarte llevar de la ilusión del momento, que es casi siempre engañosa.

Clara, entretanto, en su casa, se acostaba, decidida a consultar con la almohada lo que debía hacer respecto a la petición de Enrique, a quien la arrastraba irresistiblemente el verdadero amor.

Inopinadamente, el timbre del teléfono reclamó la atención de Clara, que se puso en el acto al aparato, desde el lecho mismo.

—¿Quién es?

—Soy yo, Clara, Pablo... Siento molestarte... para tener el placer de oírte, aunque no más sea que de

lejos... y también para decirte algo que te interesa... algo que te hará comprender que uno no debe ponerse en la cabeza más humos que los que corresponden a su condición social.

—¿Qué quieres darme a entender, Pablo?

—¿Quieres saber por qué fué al baile el abogado Gray?

—¿El cuñado de Enrique?

—Sí. Pues, para quitarle de la cabeza a tu preterente sus propósitos contigo. Dice que tú eres poca cosa para ese caballero.

—Pero Enrique no le ha hecho caso. Puedo afirmarlo.

—Piensa, sin embargo, en esas palabras, Clara... En el mundillo de Enrique te desprecian... En cambio, tu vida y la mía son iguales. Los dos nos cobijamos bajo el pabellón de la Farándula.

—Gracias, Pablo, por tu celo en ponerme sobre aviso... pero, por favor, no busques, a la vuelta de esa circunstancia, el favorecerte a ti.

—¿Qué rara eres, Clara!

—Buenas noches, Pablo.

La interrupción fué seca, enérgica.

Clara se sumió en profunda meditación, sacando la consecuencia de que las palabras de Pablo eran un desafío y un insulto... ¿Qué derecho tenían Atkins ni Gray para juzgar si ella era digna o no de casarse con el hombre que amaba?

Y con firmeza inquebrantable, Clara telefoneó a Enrique al *club*, alcanzándole aún allí.

—¿Cómo! ¿Eres tú, Clara? ¿Qué deseas, querida?

—Enrique, voy a sorprenderte.

—¿Qué pasa?

—He cambiado de opinión.

—¿Pero es de veras?... ¡Voy volando a hablar contigo!

—¡Uy, qué rápido! No, ahora, no. Estoy en la cama, pensando en ti. Nos veremos mañana por la mañana.

—Gracias, gracias, mi tesoro.

Gray seguía el curso de la conversación oyendo a una de las partes y suponiendo lo que decía la otra, y cuando terminó la comunicación, dijo a su cuñado con ironía:

—Era la bailarina, ¿eh?

—Era Clara, sí... Ha aceptado... ¿No es magnífico?

—Magnífico... para ella.

—Para ella y para mí. ¡Eres absurdo, Juan!

Por su lado, Clara, que no podía dudar del gran amor de Enrique, deseaba demostrar al mundo que una artista no deja de ser una mujer como otra cualquiera en cuanto a corazón y dignidad.

* * *

Unos días después de concertada la boda entre Clara y Enrique, los rotativos publicaron la noticia que se encargó Jaime de propalar para dar bombo a la gentil artista pronta a eclipsarse.

Así se expresaban los portavoces públicos:

UNA GRAN ARTISTA CAMBIA LOS LAURELES DEL ESCENARIO POR LOS AZAHARES DEL MATRIMONIO

Se dice que la simpática bailarina del "Follies", Clara Leslie, contraerá enlace en breve con el joven sportman Enrique Hampton, tan conocido en nuestra buena sociedad. La boda, al parecer, se celebrará en la capilla de San Ildefonso.

La señora Hampton por poco se desmaya al leer la catastrófica nueva, y clamó la ayuda de todos los Santos:

—¡Pero esto no puede ser! ¡Los Hampton no pueden admitir a una bailarina en su familia!

Gray, siempre escéptico, dió esperanzas a la horripilada mujer:

—Esperemos... Quizás antes de la boda reconocerá Enrique su tremendo error.

Pero Enrique no reconoció su "tremendo error", y después de la luna de miel, le preguntó a su querida esposa:

—La verdad, Clara... ¿No sientes haber dejado el teatro y no haberte casado con Pablo Atkins?

Y Clara, amantísima mujer de hogar, respondió:

—El teatro será siempre para mí un recuerdo agradable, pero Atkins ni agradable ni desagradable... una cosa gris, que no interesa... ¿Está contento el señor celoso?

—Sí, vida mía. Teniéndote a ti, lo tengo todo.

Mientras tanto, Loreto Collyn, la muchacha alocada del "Follies", empezaba a sentir la tentación de arrojarse en brazos de la aventura.

Su madre, que a través de muchos años de experiencia de la vida teatral, había aprendido a conocer lo que son rosas y lo que son espinas, vigilaba atentamente a la incauta muchacha, cuyo cambio de conducta de unos días a aquella parte le inspiraba serios temores.

—¿A dónde vas?—preguntóle cierta noche.

—Ahora al teatro; después a ver a Pablo Atkins, que me espera a la salida de la función.

—¿Por qué no viene ese caballero a verte aquí... si es cierto, como tú dices, que se interesa por ti?

—¿Aquí, dices? ¡Me daría vergüenza que él viese este cuchitril, mamá!

Llena de dolor, la pobre madre que temía por su hija, esperó su retorno hasta horas avanzadas de la madrugada, y dispuesta a ejercer dominio en ella, como hasta allí, le prohibió volver a ver a Atkins, que consentía que regresara la muchacha a su casa a horas tan impropias.

Loreto se rebeló contra la autoridad materna con insólita dureza:

—Mamá, si piensas hacerme una escena, no lo conseguirás. ¡Tengo edad suficiente para saber lo que me conviene! ¡Gano mi dinero y soy, por lo tanto, dueña de mi vida! ¡Puedo hacer, ahora y siempre, lo que me dé la gana!

Fué inútil que la pobre mujer que procuraba salvar a la oveja que se descarriaba, se empeñase en conseguirlo, pues Loreto huyó de su casa, creyendo a ciegas en las promesas de Atkins, que en sus aventuras amorosas dejaba a un lado la consideración.

Unos días después, la madre de Loreto fué a buscar un poco de piedad en el corazón de Clara, la antigua compañera de su hija.

Refirióle la pena que le llenaba el alma, y terminó diciéndole:

—La he buscado por todas partes, señorita Clara... Sólo usted puede ayudarme a salvar a mi hija...

—Con mucho gusto, señora... pero ¿cómo?...

—Loreto se ha enamorado locamente de Pablo Atkins, el antiguo compañero de baile de usted, y temo que haga una locura... ¿Por qué no le habla usted a ese hombre, señorita Clara?... Usted tiene mucha amistad con él y puede pedirle que no haga de mi hija una desgraciada.

Clara vaciló un poco entre aceptar el hacer llamamiento a lo que de noble hubiese en el corazón de Pablo, y negarse a intervenir en aquel asunto, pero, apladada de la madre de Loreto y dispuesta a tender un cabo de salvación a ésta, prometió ocuparse de arreglarlo todo de la mejor manera posible.

A tal efecto, Clara escribió a Pablo esta cartita:

Pablo:

Espérame en la esquina de la calle Séptima esta tarde a la una y media. No faltes. Clara.

A la hora señalada, Pablo estaba allí, y Clara lo recogió en su "auto", sorprendiendo esa escena el abogado Gray, que pasaba en tan crítico momento por esa calle.

Ni que decir tiene que Gray pensó de lo malo lo peor, y que se alegraba de la suerte que había tenido de comprobar por sus propios ojos lo "interesante" que era Clara.

Ajena a la fatal coincidencia, Clara, en el "auto", dijo a Pablo, que la deseaba cada vez con mayor ahinco:

—Te extrañaré que te haya escrito, ¿verdad?

—Algo...

—Quiero hablar contigo a propósito de Loreto Collyn.

—¿Y tú qué tienes que ver en ese asunto?

—Es una muchacha amiga... un poquitín loca, eso sí, pero buena... Su madre ha venido a pedirme que la salvase...

—¡Vaya un cuento!

—Pablo, no hagas desgraciada a esa pobre muchacha... devuélvesela a su madre y tú mismo te sentirás satisfecho de haberte portado bien.

—¡Pero si la chica está loquita por mí! Y a mí también me gusta...

—¿No querrás hacerlo... por mí?

—¿Tú me lo pides?

—Yo, Pablo... en recuerdo de nuestra amistad...

—Está bien, Clara. Por ti lo haré. Y ahora mismo, porque la muchacha me está esperando.

En efecto, Pablo se apeó del "auto" de Clara cerca del sitio donde solían encontrarse Loreto y él, y le dijo a ella, que ya estaba de plantón:

—Escucha, pequeña, los malos tragos pasarlos pronto... Tú y yo hemos terminado.

Loreto se deshizo en llanto y suplicó piedad para sus ilusiones, pero Pablo, exagerando la nota para inspirarle más antipatía a la muchacha, remachó el clavo:

—No digas tonterías. Vete a tu casa, que ya te consolarás.

Y la hija pródiga volvió con su madre, que la recibió con la mayor alegría de su vida.



Y la hija pródiga volvió con su madre...

Las malas noticias corren de prisa, sobre todo si hay alguien interesado en propalarlas, y como ese alguien era Gray, la señora Hampton tuvo co-

nocimiento de lo que el abogado había visto, en presencia del propio Enrique y de la esposa del delator, a la cual éste se dirigió, de sobremesa, diciéndole lo siguiente:

—¿No decía yo que la bondad no duraría?... Clara empieza ya a buscar sus antiguas amistades. La vi en un "auto" con Atkins.

—¿Qué dice usted, Juan?—preguntó con disgusto la madre de Enrique, mientras éste hacía un es-



—¿No decía yo que la bondad no duraría?... Clara empieza ya a buscar sus antiguas amistades.

fuerzo para no cruzar la cara de su cuñado de una bofetada.

—Se conoce que se citaron, porque Atkins la esperaba en la esquina de la calle Séptima.

—¡Un escándalo de esta índole en nuestra fami-

lia... en la familia de los Hampton! ; Señor, no me quedaba más que ver!

—¡Por favor, madre, que estáis hablando de mi esposa, y no tenéis siquiera la delicadeza de suponer, como yo supongo, que Clara no pudo menos de invitar a Atkins a subir en su coche, por algo que le conviniera!

Gray se mantenía inquebrantable en sus sospechas, y a pesar de ello Enrique seguía teniendo fe en su esposa, y antes de condenarla quería darle la ocasión de explicarse.

Así, pues, al volver de casa de su madre a la suya, Enrique preguntó a Clara si quería salir por la noche, contestándole ella negativamente, pretextando tener un poco de jaqueca; y lo que había hecho durante el día, respondiéndole ella que había andado de compras.

No se refirió Clara ni remotamente al encuentro con Atkins, produciéndole a Enrique el silencio de ella sobre el particular, muy mal efecto.

Un poco más tarde, Enrique marchóse diciéndole a Clara que iba al *club*, pero que volvería pronto, y apenas salido de la casa entró en ella Pablo, sorprendiendo a su amiga por la anormalidad de visitarla él en su nuevo hogar.

—Te extrañará mi visita, Clara, si olvidas el encargo que me hiciste esta tarde. He venido para decirte que ya puedes estar tranquila: he visto a Loreto y la he despedido.

—Gracias, Pablo. Siento que no pueda saludarte Enrique. Acaba de salir.

—Ya lo sabía. Precisamente estuve esperando hasta que se marchó.

—¿Qué quieres decir?

—Quería verte a ti sola. ¡No puedo renunciar a ti, Clara!

—¡Por Dios, Pablo! ¿Te has vuelto loco?

—¡Clara, estoy decidido a todo... a todo! ¡No puedo vivir sin ti! ¡Te amo como nunca he amado,

como se ama una sola vez en la vida, y no me resigno a verte en brazos de otro hombre!

—¡Oh, qué ruin eres, Pablo, no respetando la casa de mi esposo!



—Pablo, vete antes de que te haga detener por mis criados.

—Además, por ti y sólo por ti he despedido a Loreto, y esto bien merece una recompensa.

—¡Miserable! ¿Te atreverías? ¡Aparta!

Atkins forcejeaba con Clara para besarla, y providencialmente pudo la enérgica esposa apoderarse de un látigo que su esposo dejara encima de un si-

llón, y arremetió con él contra el bailarín, fustigándolo sin compasión, obligándole a huir.

—Ya en la calle, Atkins vió llegar a Enrique, y como advirtió desde el arroyo a Clara que se dis-



—*¡Hace un momento, al lastimar mi cuerpo, heriste mi orgullo! ¡Ahora me toca a mí atormentar tu alma!*

ponía a acostarse, ideó la criminal venganza de introducirse por una ventana en la habitación de la esposa, y no moverse de allí hasta ser sorprendido con ella por el marido.

—Pablo, vete antes de que te haga detener por mis criados—le amenazó Clara presa de temor.

Cínicamente, Atkins hizo un gesto de indiferencia, y simultáneamente llamaron a la puerta de la



—*Pero, Enrique, por Dios, ¿es que no ves que el canalla representaba una farsa?*

habitación.

Clara palideció.

—*¡Es tu marido!*—dijole Atkins, sonriéndose.

—*¡Oh! ¡Vete, vete! ¡Huye!*

—*¡Hace un momento, al lastimar mi cuerpo, he-*

riste mi orgullo! ¡Ahora me toca a mí atormentar tu alma!

Las llamadas de Enrique se repitieron cada vez con mayor energía, y Clara, en vista de que Pablo no se marchaba de su habitación, no se detuvo más a pensar lo que haría con él Enrique al verle en el aposento donde sólo él tenía derecho a entrar, y abrió la puerta.

Pero Atkins tenía combinado su plan de tal suerte que, al entrar Enrique en la habitación, sólo pudo ver cómo huía por la ventana abandonando la americana y el sombrero, cual si no hubiera tenido tiempo de vestirse completamente...

Por el bolsillo interior de dicha americana se asomaba la cartita que por la mañana de aquel día le escribiera Clara a Atkins, y Enrique, incurriendo en el error de las apariencias, condenó a su mujer.

—Pero, Enrique, por Dios, ¿es que no ves que el canalla representaba una farsa?—protestó ella.

—¿No serás tú la que está representándola?

—¿Yo, Enrique?

—Sí, tú... Sé que esta tarde estuviste con Pablo Atkins... Esperaba que tú misma me lo hubieses dicho, pero ahora comprendo las causas de tu silencio.

Fué inútil que Clara, con la conciencia muy limpia, tratara de defenderse: Enrique creía en su infidelidad y estaba resuelto a pedir el divorcio inmediato.

* * *

Clara, decidida a apelar a todos los recursos para hacer brillar su inocencia, se presentó en el gabinete del abogado Gray, cuñado de Enrique, creyendo encontrar en él al caballero y no al enemigo.

—Vengo a hablar con usted acerca de las dificultades que me separan de mi marido.

—Nada tenemos que hablar, señora... excepto en lo que se refiere a su consentimiento para el divorcio—respondió con cierta dureza el letrado.

—¡Pero usted no entiende lo que digo! ¡Se trata de un error, ¿me comprende usted?, de un error! ¡Yo soy inocente!

—¿Inocente cuando su marido la encuentra con



—¿Inocente cuando su marido la encuentra con Atkins en su habitación?

Atkins en su habitación?

—¡Pero si todo fué un venganza ruin... si fué una farsa representada para separarme de Enrique!

—Ningún tribunal la creará, señora. Lo mejor es que dé usted su consentimiento para el divorcio y terminar así de una vez este enojoso asunto.

—¡Nunca consentiré en ello! ¡Nunca! Yo...
 —¡Me niego a discutir más esta cuestión!
 —¡Pero usted me condena mirando solamente las apariencias! ¡Por lo más sagrado le juro que soy inocente, y si usted quiere escuchar mi explicación...!

—No se moleste, señora. Tengo las pruebas de su culpabilidad y esto me basta.

—Y así una mujer buena, que ni con el pensamiento había pecado, fué señalada por el dedo implacable de la sociedad.

Pero Clara no dió la partida por perdida, y llamó en su ayuda al periodista Jaime, en cuya amistad podía descansar.

—Jaime, mi marido quiere obtener el divorcio, a causa de una mala jugada que me hizo Atkins, y necesito el apoyo de usted para probar mi inocencia.

—Usted sabe, Clara, que puede contar absolutamente conmigo.

—Escuche mi plan...

Clara detalló punto por punto a Jaime lo que había ideado, y el periodista lo aprobó todo con admiración.

Aquella noche, la velada se deslizaba un poco triste en la señorial mansión de los Hampton.

—A propósito... ¿no saben ustedes que Clara ha ido a verme al despacho?—dijo Gray a sus familiares, entre los que se contaba Enrique, que estaba entregado todo a su pena.

—¿Y qué?—preguntó la señora Hampton.

—Se ha negado a dar su consentimiento para el divorcio, pero no me desanimó, pues sé que es una mujer que acostumbra *variar de opinión*.

Mientras tanto, Clara empezaba a poner en práctica su plan en casa del abogado Juan Gray, a la que se dirigió con Jaime, en automóvil, esperándola el periodista dentro del coche, en la calle.

—¿Está usted seguro de que los criados están

fuera?—preguntóle Clara a Jaime, cuando ella se disponía a entrar en la casa.

—Segurísimo. Todo lo he dejado perfectamente arreglado.

Después, en casa de los Hampton, un criado anunciaba a Gray que su socio acababa de telefonar que le esperaba en su casa.

El abogado se separó de su familia, quedando en comunicarle por teléfono, en cuanto llegase a su casa, de lo que se trataba, y a poco llegaba a ella, sorprendiéndole encontrar en la habitación lindante con el despacho, que era la conyugal, mucho desorden. La puerta del guardarropa de su esposa estaba abierta, y tomando sus precauciones por si había alguien oculto en él, se asomó al interior. Clara, que estaba apostada detrás de la puerta abierta, empujó rápidamente ésta sobre Gray, encerrándole dentro.

—¿Qué significa esto?—gritó el abogado.

—Esto es la señora de Enrique Hampton, que, como no pudo convencer a usted de su inocencia, busca el medio de demostrarle la verdad.

—¡Basta de comedias, señora, y déjeme salir de aquí!

—Quiera usted o no, señor Gray, tendrá que oír la historia de mi "culpa".

Y, sin omitir detalle, Clara refirió a Gray la verdad.

—Señora, lo único que ha hecho usted es robarme el tiempo, porque no creo una palabra de todo cuanto me ha contado.

—Es posible que dentro de poco cambie de opinión.

Intranquila respecto al silencio de su marido, que había prometido telefonar tan pronto llegase a su casa, Catalina, acompañada de su hermano Enrique, fué a su casa, avisando Jaime a Clara, con un silbido, la llegada de ambos.

Entonces Clara se puso encima de sus ropas un

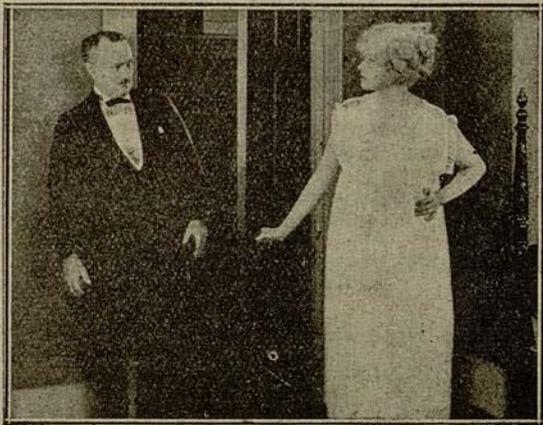
camisón de dormir—de Catalina—y abrió el guardarropa donde estaba encerrado Gray.

Al ver a Clara en "paños menores", y al advertir que su esposa llegaba, aquél inquirió alarmado:

—¿Qué es lo que usted se propone?

—Hacer que su esposa se encuentre en la misma situación que mi marido cuando encontró a Pablo Atkins en mi habitación.

El abogado comprendió la excelente idea de Cla-



Entonces Clara se puso encima de sus ropas un camisón de dormir y abrió el guardarropa donde estaba encerrado Gray.

ra, pero las apariencias lo condenaban de pleno delante de su esposa y de Enrique, que quedaron asombrados al sorprenderlos juntos.

—¿Usted?...—dijo Catalina señalando a Clara.

—¡Yo creía que eras un hombre de honor!—le echó en cara Enrique a su cuñado.

—¿Pero no comprendes que se trata de una farsa? Dígales usted la verdad, señora. ¡Usted sabe que soy inocente!

—¿Inocente cuando su esposa lo encuentra con otra mujer en su habitación? Debe usted ser culpable, porque todas las apariencias así lo pregonan.

—En efecto, las apariencias me condenan... pero soy inocente.

—¡Yo también! Ahora que, como dijo usted en



—Siento haber tenido que emplear estos medios, pero era el único camino que podía seguir para hacer mi defensa.

su despacho, ningún tribunal nos creará ni a usted ni a mí.

—Siempre he creído que es usted una mujer de mucho talento—reconoció, al fin, el abogado. Y, dirigiéndose a Enrique, le dijo:

—Al traerme a esta situación, tu esposa me ha convencido de su inocencia... porque ella hizo conmigo lo que Atkins con ella... Clara había despedido violentamente a Atkins, y él representó una comedia infame para vengarse. Para convencerme de que las apariencias pueden engañar, ella me ha hecho aparecer culpable y así ha podido probar su propia inocencia.

Jaime apareció ante todos por la ventana de la



...empezando para ellos, en la convalecencia de Enrique, una segunda luna de miel.

habitación, para demostrar que se trataba realmente de una farsa en la que él había intervenido como cómplice y sobornador de los criados.

—Siento haber tenido que emplear estos medios, pero era el único camino que podía seguir para hacer mi defensa—disculpóse Clara disponiéndose

a marcharse con Jaime, cuyo brazo solicitó, negándose a escuchar las disculpas de Enrique.

*
* *
*

Decidido a recuperar el cariño de su esposa, Enrique buscó, en primer lugar, a Atkins, para castigarle por su infamia, y en una temeraria lucha en el "auto" con el que el bailarín trató de evitar el encuentro con su enemigo, los dos se salvaron milagrosamente de la muerte al volcar el vehículo en plena carrera.

Clara acudió al lado de su herido esposo, y la reconciliación no se hizo esperar, empezando para ellos, en la convalecencia de Enrique, una segunda luna de miel.

Gray llegó a casa de los esposos en un momento sentimental, y al ser anunciado por el criado a ellos, Enrique, que quería perder de vista a su cuñado, por lo menos durante algún tiempo para olvidar la calamidad que era, le hizo contestar que se habían marchado a la China en viaje de novios.

Y como a buen entendedor pocas palabras bastan, nuestro abogado se retiró por el foro.

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante y divertida comedia

**LOS MARIDOS
DE EDITH**

Creación insuperable de los célebres artistas:

REGINALD DENNY,
LAURA LA PLANTE,
ETHEL GREY TERRY,
LEE MORAN, etc.

ÉXITO VERDADERO

Postal fotografía-regalo:
EVELYN BRENT

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

Precio: 25 cts.